8607

# La Piedra de Roque

6

# LA PIEDRA DE TOQUE,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de Variedades, la noche del 19 de Diciembre de 1862.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| ISABEL | Sra. Hijosa. |
| ENRIQUE | Sr. Mario. |
| DON LEON | Sr. Oltra. |
| ARTURO | Sr. Morales. |

La accion se supone en Madrid. Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *Don Francisco Rubio*, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A ELLA.

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lapiedradetoquec00zamo_1

# ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas á la derecha, á la izquierda y al foro.

## ESCENA PRIMERA.

ISABEL, ARTURO.

La primera aparece bordando, el segundo de pié mira atentamente el bordado, teniendo los quevedos en una mano y apoyándose con la otra en el sillon en que Isabel se halla sentada.

ART. ¡Lindas zapatillas!

ISABEL. ¿Te gustan?

ART. Mucho. ¿Supongo que serán para mí?

ISABEL. Pues supones mal, son para papá.

ART. Debí figurármelo en vista de sus descomunales proporciones.

ISABEL. Me han dicho que ayer has tenido un duelo.

ART. Si, terminó en Lhardy.

ISABEL. Vamos, como todos. Y ¿cuál fué la causa?

ART. Una niñeria; pero yo, que hacia mucho tiempo no tomaba parte en ningun escándalo gordo, aproveché la ocasion para dar que hablar á las gentes. Figúrate que el marqués de Monreal, empezó á decir que su caballo árabe no conocia rival en la córte; yo, que gracias á Dios y á veinte mil reales, soy poesedor de la mejor yegua inglesa que se presenta en el Prado, me dí por alu-

678306

dido. Comenzó cada cual á ponderar las buenas cualidades de su montura; de la discusion templada y razonable, se pasó á los epígramas...

ISABEL. Y los epígramas dejaron pronto de recaer en los caballos y recayeron en sus amos.

ART. Justamente. El marqués me lanzó uno algo durillo y yo le reté inmediatamente. Acepta, se nombran los padrinos, se eligen armas, se fijan condiciones, salimos al campo...

ISABEL. Y como por fortuna ambos adversarios teniais mas gana de comer que de batiros, os volveis á la córte, y trocando por el tenedor la espada, derramais Champagne en lugar de sangre, y si os exponeis á algun riesgo, es únicamente al de morir de una indigestion.

ART. Ambos hemos probado nuestro valor en otras ocasiones. Todo el mundo sabe que yo he sostenido una infinidad de duelos.

ISABEL. Lhardy puede dar razon de todos ellos.

ART. Volvamos la hoja.

ISABEL. Como quieras.

ART. ¿Sabes, prima mia, que si yo fuera un hombre de los que se usan vulgarmente, tendria motivos para estar incomodado contigo?

ISABEL. ¿Por qué causa?

ART. Anoche en el Real, estuviste durante un acto completo, conversando con un pollo que presentó no sé quién en tu palco.

ISABEL. Bien. Y... ¿qué mas?

ART. Luego marchó el susochicho á su butaca, y no te quitó los gemelos en toda la noche.

ISABEL. ¿Qué mas?

ART. Tú le miraste tres veces, y al levantarte para salir, despues de concluida la representacion le saludaste sonriendo.

ISABEL ¿Qué mas, Arturo?

ISABEL. ¿Podria saberse, prima mia, cuál fué el asunto de tan entretenida conversacion?

ISABEL. ¿Podria saberse, primo mio, con qué derecho me haces esa pregunta?

ART. Con el derecho de un presunto marido.

ISABEL. Derecho que perderás muy pronto, si empiezas por ser ridículo antes de firmar los contratos.

ART. Pero, Isabel, todo el mundo sabe que nos amamos.

ISABEL. Yo no se lo he dicho á nadie... ni siquiera á tí.

ART. Pero estás dispuesta á casarte conmigo.

ISABEL. Eso es diferente. Papá resolvió esta boda... y yo no me he opuesto á ella.

ART. No solo no te has opuesto, sino que has accedido.

ISABEL. Ya sabes con qué condicion.

ART. Si, libertad absoluta por ambas partes antes y despues del matrimonio.

ISABEL. Si nó te conviene asi, no hay nada de lo dicho.

ART. Si, me conviene, ¿pues no ha de convenirme? (Como que tiene dos millones de dote.) Pero, hija mia, es preciso respetar las apariencias. Ya ves, las gentes todo lo observan, todo lo comentan, de todo murmuran y yo, tan conocido en la buena sociedad por mis notables aventuras, no puedo ponerme en ridículo. Despues de casado ya será otra cosa. Un marido *comme il faut*, no debe parar la atencion en ciertas pequeñeces, pero ahora...

ISABEL. Ahora tú puedes enamorar bailarinas, batirte por tu caballo y andar por los salones amenazando la tranquilidad de padres y maridos, y te crees autorizado para pedirme cuenta de algunos minutos de conversacion, concedidos á un amable jóven.

ART. Considera, Isabel, que yo no tengo mas reputacion que la que me dá mi suerte en amores. El dia en que deje de ser el terror de los maridos... ¿qué soy yo en el mundo? Sin embargo... si tienes celos...

ISABEL. ¿Celos?... Yo no te dicho que te amaba. Respeto tu libertad, y solo te pido en cambio que respetes la mia.

ART. No se hable mas de ello. No concibo á Otelo con frac y corbata blanca.

ISABEL. Ni acabando sus desafios en la fonda. (Pausa.) Ya debe ser tarde.

ART. Las once en la Puerta del Sol. (Despues de mirar su reloj.)

ISABEL. Mucho tarda papá.

ART. Se habrá retrasado el tren, como es uso y costumbre en España.

ISABEL. Ó papá habrá entretenido al jóven viajero á quien esperaba, refiriéndole el orígen de todos los edificios que hayan encontrado desde la estacion á casa.

ART. Sin contar con que le habrá obligado á tomar chocolate

en todos los cafés de Madrid, á fin de que se repusiera de las fatigas del viaje. ¡Oh! tu padre, mi respetable tio, es muy cariñoso, tan cariñoso que lo creo capaz de matar á uno á fuerza de cuidados!

ISABEL. Y mucho mas cuando se trata de Enrique Contreras, el hijo de su mejor amigo, de quien habla todos los dias.

ART. Á juzgar por las cartas que tu papá nos ha enseñado, debe ser un hombre original el tal Enrique.

ISABEL. ¡Oh! si, muy original...

ART. ¡Dices eso de un modo!...

ISABEL. Es porque recuerdo que la primera vez que se ocupó de mí fué para ofenderme.

ART. ¿Para ofenderte?

ISABEL. Si por cierto. Tú ya conoces el carácter de papá y la amistad que aun sin conocerlo tiene hácia ese jóven.

ART. ¿Y bien?

ISABEL. Hace cinco años, acababa yo de cumplir los quince, papá se empeñó en casarme con el hijo de su amigo Contreras.

ART. ¿Con Enrique?

ISABEL. Con Enrique, á quien, sin encomendarse á Dios ni al diablo, escribió una carta ofreciéndole mi mano.

ART. ¿Y qué contestó el favorecido?

ISABEL. Estas palabras, que no he olvidado desde entonces: «La mujer, cuando es buena, es un sinapismo que fastidia; cuando mala, es una cantárida que mata, por lo cual he resuelto permanecer soltero toda mi vida. Sin mas, soy de usted, etc.»

ART. Lacónica respuesta.

ISABEL. Ya ves qué desaire.

ART. Eso exige una venganza terrible.

ISABEL. Y la tendrá, yo te lo prometo.

ART. Cuenta conmigo, prima mia.

ISABEL. Nos hemos de reir de él, hasta que no tenga mas remedio que pedir gracia.

ART. Alguien viene.

ISABEL. Ellos son sin duda. (Se levanta.)

## ESCENA II.

DICHOS, ENRIQUE, D. LEON.

ENR. (En traje de camino.) Señorita...

LEON. Es mi hija Isabel. (Enrique vuelve á saludarla.)

ISABEL. Caballero... (¡Buena figura!)

LEON. Mi sobrino Arturo. (Presentándolo á Enrique.)

ART. Su servidor y amigo desde este momento. (Dándole la mano.)

ENR. Gracias.

ISABEL. ¿Cómo han tardado ustedes tanto?

LEON. Una desgracia ocurrida al señor en el camino...

ENR. Dispense usted, señor don Leon; no ha sido á mí sino á mi criado.

ISABEL. ¿Qué ha ocurrido?

ENR. Nada, que al partir el tren de una de las estaciones intermedias, mi criado, que se habia apeado del coche, quiso subir á él cuando ya la máquina estaba en movimiento. Hubo de faltarle fuerza para saltar, y cayó atravesado sobre los rails.

ISABEL. ¿Y qué?

ENR. Nada, que cuando los gritos de los empleados hicieron parar el tren, ya casi todo este habia pasado por cima del pobre muchacho, que yacia en el camino partido en dos pedazos.

ISABEL. ¡Qué horror!

ART. ¿Y usted qué hizo?

ENR. Yo, como ví que aquella desgracia era ya irremediable, pedí que me trajeran el pedazo en que estaban las llaves de mi maleta. Á consecuencia de este accidente y de las declaraciones que acerca de él hemos tenido que prestar ante el escribano del pueblo en que ocurrió la catástrofe, hemos llegado á Madrid dos horas despues de lo regular, con grave perjuicio de algunos hombres de negocios que viajaban con nosotros.

ISABEL. ¿Pero usted permaneció impasible?

ENR. Yo no me conmuevo nunca, señorita; es mi sistema.

LEON. Yo, en su lugar, me hubiera arrojado del tren...

ENR. Con lo que hubiera usted conseguido dislocarse una pierna, lo cual no hubiera sido de gran utilidad al di-

funto; yo he hecho algo mejor que eso; he dejado al cura del pueblo la cantidad suficiente para que lo entierren como corresponde.

ISABEL. ¿Pero sin derramar una lágrima?

ENR. Confieso que no he llorado; en cambio mandaré decir cien misas por su alma.

ISABEL. ¿Y conserva usted siempre esa admirable sangre fria?

ENR. Siempre.

ISABEL. ¿Es decir que no tiene usted corazon?

ENR. Perdone usted, señorita, lo tengo, pero no me sirve mas que para facilitar la circulacion de la sangre. Huérfano desde mi infancia y encerrado en un colegio de Lóndres, en cumplimiento de la última voluntad de mi padre, no recibí mas muestras de cariño que los mercenarios cuidados de los encargados de mi educacion; luego los estudios filosóficos me hicieron conocer el mundo...

ISABEL. ¡Ah! ¿Es usted filósofo?

ENR. Creo que la filosofia es la única verdad que conoce el hombre. Ella me ha enseñado á vivir, ella me ha acostumbrado á juzgar á mis semejantes y á hacerme superior á las miserias humanas.

ISABEL. Y ella sin duda le ha hecho á usted suprimir la sensibilidad como artículo de lujo?

ENR. No de lujo, sino perjudicial, señorita.

LEON. ¿Perjudicial?

ENR. Voy á probarlo.

ART. (Si este hombre se presenta en sociedad, antes de ocho dias es el rey de los salones.)

ISABEL. Escucho á usted.

ENR. Supongamos que se pega fuego á esta casa...

LEON. No, hágame usted el favor de no suponer semejante cosa. (Vivamente.)

ISABEL. Déjelo usted, papá.

ENR. Supongamos que se pega fuego á esta casa; las llamas invaden la escalera, se apoderan de las habitaciones exteriores, el humo no deja respirar, las paredes empiezan á arruinarse, los techos se desploman y el terrible elemento llega á las puertas de esta estancia.

LEON. Aguarde usted. (Huele á todas partes.)

ART. ¿Qué es eso?

LEON. Nada, nada, me parecia que olia á quemado. Continúe

usted, Enrique.

ENR. Su papá de usted, que parece muy sensible, se desmaya al ver en peligro los preciosos dias de su hija; este caballero, que por nada del mundo expondria á usted al riesgo de bajar por un balcon, la prodiga los mas solícitos cuidados, la hace aire con el faldon de su levita, la obliga á aspirar agua de colonia, y procura tranquilizarla con sus palabras...

LEON. ¿Y usted?

ART. ¿Usted que hace?

ENR. Como á mí no me importa que arda esta casa, ni todo el barrio...

LEON. Hombre, por Dios, que la casa es mia.

ENR. Yo no me he apurado; (Continuando.) desde el principio del accidente he tomado un martillo, una piqueta ó un instrumento cualquiera con el que he conseguido horadar el tabique que comunica con la casa de al lado, y cuando usted, señorita, vá ya á perecer sin remedio, vengo yo muy tranquilo y cargo con usted, á quien salva mi indiferencia, mientras el cariño de sus parientes iba á dejarla convertirse en un magnífico *beefteak*.

ISABEL. (¡Qué hombre tan original!)

LEON. Y entre tanto ¿qué hago yo con mi casa hecha carbon?

ENR. Desesperarse, perder el tiempo en maldecir á la fortuna, mientras yo de paso que me voy muy sereno á comer á una fonda, entro en la oficina de seguros mútuos y reclamo para ustad la indemnizacion que le corresponde. Vean ustedes como mi indiferencia es mucho mas útil que toda la sensibilidad del mundo reunida.

ISABEL. Á los demas podrá serles provechosa en esos casos, pero... ¿y usted? ¿Cómo puede usted vivir en ese aislamiento?

ENR. Perfectamente. Mi vida está arreglada á un sistema tan invariable como la marcha de los planetas.

ISABEL. ¿No ha amado usted nunca?

ENR. Me amo á mí mismo desde que naci, señorita.

LEON. Hombre, pero eso no es un obstáculo para amar al prójimo, sobre todo á la prójima... Yo aqui donde usted me vé he sido algo calaverilla en mis mocedades. Me acuerdo de una muchacha... Mas callo.

ART. ¿No ha sentido usted nunca el fuego de una pasion?

ENR. La pasion, caballero, no es mas que una palabra inven-

tada por los hombres, para que les sirva de excusa en todas sus faltas y ridiculeces.

ISABEL. Y como usted estará seguro de no faltar nunca, de no ser nunca ridículo, se habrá usted creido dispensado de buscar esa excusa.

ENR. Asi es la verdad, señorita.

ISABEL. (Es insoportable.)

ENR. Las mujeres no han hecho nunca latir mi corazon. Las he admirado muchas veces como se admira una bonita obra de arte pero nada mas.

ISABEL. Doy á usted las gracias en nombre del sexo.

ENR. No, si no tienen ustedes nada que agradecerme.

LEON. Pero usted querrá descansar, amigo mio.

ISABEL. Allí tiene usted dispuesta su habitacion.

ENR. Doy á usted mil gracias, señorita; y la juro que nunca hubiera venido á molestarla, sin las reiteradas instancias de don Leon.

ISABEL. ¡Oh! no es molestia.

LEON. Pues no faltaba mas. El hijo de mi mejor amigo, de mi compañero de universidad, ó por mejor decir de novillos, porque yo iba pocas veces á clase.

ENR. (Ya se conoce.)

LEON. ¿Y habia usted de irse á una fonda cuando viene á Madrid, despues de tantos años de ausencia? No en mis dias.

ENR. Debo dar á usted mil gracias, tanto mas cuanto que á pesar de la amistad que á mi padre le unia, usted no me ha visto nunca.

LEON. Alguna vez habia de ser la primera. Usted ha vivido siempre en Valencia, cuando no ha viajado por el extranjero, y no habia tenido el gusto de conocerle personalmente, si bien nuestra correspondencia no ha sido nunca interrumpida. Ahora viene usted á Madrid á evacuar un asunto, ¿qué cosa mas natural que traerle á mi casa?

ISABEL. Donde procuraremos que no se arrepienta de haber hecho el viaje.

ENR. Solo el gusto de ver y conocer á usted, señorita, me paga con usura tan pequeña incomodidad.

ISABEL. Caballero, creo que vá usted á faltar á su sistema.

ENR. Mi sistema, al suprimir la pasion, me ha dejado la vista.

ISABEL. Mil gracias.

ENR. Una cosa es que yo no me enamore de usted...

ISABEL. Yo no pretendo... (Con viveza.)

ENR. No, si aunque pretendiera usted seria lo mismo.

ISABEL. (Lo veremos.)

LEON. Vamos. (Á Enrique.)

ENR. Cuando usted guste. Estoy á los pies de usted. (Á Isabel.) ¡Caballero! (Á Arturo.)

ART. Hasta luego, amigo mio. (Enrique y D. Leon salen por la segunda puerta de la izquierda.)

ISABEL. Adios, Arturo; voy á mi tocador.

ART. Hasta luego. (Váse Isabel por la primera puerta de la derecha.)

## ESCENA III.

ARTURO, solo.

Pues señor, estoy admirado, lo que se llama admirado. ¡Qué hombre tan original! ¡Qué sistema el suyo! ¡Qué conviccion en todas sus palabras! ¡Oh! si permanece en Madrid mucho tiempo, vá á ser el hombre de moda. Nada, es preciso á toda costa que yo sea amigo suyo, pero amigo íntimo. Y á decir verdad yo debia imitarle, formar mi sistema y convertirme como él en hombre-máquina. Pero para eso era preciso renunciar á la proyectada boda con mi prima, y mi prima es una prima que vale dos millones el dia en que se firmen los contratos, y otros dos á la muerte de mi querido tio, que por cierto está para vivir muchos años. Total, doscientos mil duros, que cuando uno está, como yo, algo atrasadillo, no dejan de ser un buen refuerzo. Nada; renunciaré á imitar á Enrique y me limitaré á presentarle en todas partes, gritando á nuestros *liones* madrileños: «Doblad la rodilla, extravagantes de mala muerte y excéntricos de dos al cuarto, doblad la rodilla y quitaos el sombrero, porque está aqui el rey de la excentricidad y de la extravagancia.»

## ESCENA IV.

DICHO, D. LEON.

ART. ¿Deja usted ya acostado á su huéspede?

LEON. No quiere acostarse, y dice que vá á cambiar de traje para salir á sus asuntos.

ART. ¡Hola! Se conoce que no carece de actividad.

LEON. Educado en Inglaterra, la máxima de que el tiempo es dinero, formará parte de su sistema.

ART. Es verdad. Pero hablemos de otro asunto.

LEON. Ya te escucho. ¿Qué se te ofrece?

ART. De mi boda, querido tio, es de lo que deseo hablar á usted. ¿Cuándo podrá verificarse?

LEON. Hombre, ya sabes que Isabel es la que ha de fijar la época, porque yo á pesar de que tengo mucho carácter nunca he conseguido mandar en mi casa.

ART. Si, siempre ha hecho usted en ella el papel del último mono.

LEON. El del mono no, pero si el del último. Y. . á propósito, tambien yo deseaba hablarte, pues antes de darte la mano de mi hija no extrañarás que yo tome mis medidas.

ART. ¿Y qué tenia usted que decirme?

LEON. Hombre, queria animarte á hacer algo.

ART. ¿Hacer algo?... ¿pues no voy á casarme?

LEON. No digo eso... hacer algo de provecho. Tú no eres nada, en nada te ocupas, y esa vida acabará por cansarte. Ademas de que el hombre no debe ser un ente inútil á la sociedad. Aqui me tienes á mí, á pesar de haber nacido rico hice mis estudios en la Universidad.

ART. Y no iba usted nunca á clase.

LEON. Pero el caso es que concluí mi carrera de abogado, y desde que recibí la investidura no he perdido mas que un pleito, que es el único de que me han encargado. ¡Oh! pero como criminalista yo hubiera llegado á ser una notabilidad. En la primera y última causa que defendí, los jueces quedaron admirados de mi elocuencia, y despues de escuchar mi discurso con religioso silencio, condenaron á mi defendido á la pena de muerte... pero le declararon libre del pago de las costas.

ART. ¡Ah! pues no hay duda de que debió quedarle á nsted agradecido.

LEON Pero estos dos triunfos forenses no bastaron á saciar mi sed de gloria y quise lanzarme á los campos de batalla. La guerra civil habia estallado, y yo con abnegacion que me envidiaria el mismo Bruto, corrí á inscribir mi nombre en las filas de la Milicia Nacional. ¡Eh! ¿qué te parece este rasgo?

ART. Heróico, verdaderamente heróico, querido tio.

LEON. Pues no me detuve en tan noble senda. El primer dia que entré de guardia convidé espléndidamente á todos los individuos de mi compañía, los cuales ébrios... de entusiasmo y conmovidos por aquel rasgo de patriotismo, me proclamaron su capitan en las primeras elecciones.

ART. ¡Soberbio!

LEON. Al poco tiempo marché con algunos patriotas al reino de Valencia, donde tuve la honra de encontrarme en la batalla de Chiva, y allí en medio de un diluvio de balas que por fortuna no llegaban adonde yo estaba, permanecí heróicamente guardando los bagajes del ejército. Mi buen comportamiento para con las acémilas que los componian, me valió esta cruz, que desde entonces no se ha apartado nunca de mi pecho. (Señala una cinta con cruz que lleva en la levita.)

ART. ¡Ah! pues con otra batalla como esa hubiera usted eclipsaba la gloria del mismo *Napoleon*.

LEON. Eso digo yo. No te hablaré de los servicios que tuve ocasion de prestar en Madrid, cuando la expedicion del Pretendiente...

ART. Hará usted bien, porque ya me los ha referido muchas veces.

LEON. Pues bien, terminó la guerra civil, y del campo de batalla determiné trasladarme al de la política. Yo siempre he sido de la oposicion.

ART. Bien hecho.

LEON. Pero quiso mi mala suerte que un dia me pusiese en un café á hacer una exposicion de mis ideas: mi política no debió parecer muy aceptable al gobierno que nos regia, quizá porque el espia que de ella le diera cuenta no sabria explicarse, pero el caso es que aquella misma noche se presentaron en mi casa dos agentes que

me trasladaron políticamente al Saladero, donde con un valor cívico que te hubiera admirado, permanecí tres meses en obsequio de la patria.

ART. ¡Usted ha sido afortunado en todo lo que ha emprendido!

LEON. No desmayé por eso, y al recobrar mi libertad, decidí ser útil á mi pais dedicándome á los negocios. Me lancé á la Bolsa.

ART. Y allí duplicó usted su caudal en menos de un año. (Interrumpiéndole.)

LEON. No, perdí veinte mil duros en menos de un mes. Mi talento era muy á propósito para los negocios, y no es culpa mia que siempre sucediera lo contrario de lo que yo pensaba.

ART. Es verdad.

LEON. Por último, cansado de negocios, me eché en brazos de la ciencia arqueológica, y hoy, tú lo sabes, soy miembro de trece academias nacionales, y treinta y dos extranjeras, corresponsal de todas las sociedades de Europa, y propietario de un pequeño museo que trasmitirá á la posteridad mi glorioso nombre.

ART. Todos esos títulos le honran á usted extraordinariamente.

LEON. No te he hecho esta larga relacion de mis méritos, para que me lisonjees por ellos, sino para que comprendas que un hombre debe ocuparse en algo y te decidas por lo que sea mas de tu agrado.

ART. Es que yo no conozco nada mas agradable que pasear, brillar en los salones y asistir á los teatros.

LEON. Y gastar una fortuna en queridas y caballos.

ART. ¿Queridas? Alguna bolera cuyo corazon logra uno conquistar con un buen paquete de billetes de banco... Eso no vale la pena. Ademas á mi edad...

LEON. Yo no pretendo que hagas una vida de cenobita. Pues qué, ¿crees que yo no he tenido mis trapicheos? Ahora me acuerdo de una valenciana que conocí, pocos dias antes de la accion de Chiva... pues... ¿y mi malegueña? En sus brazos me consolaba yo de mis pérdidas en la Bolsa cuendo era negociante. Todo puede hacerse... pero con ciertos límites, porque en pasando de los límites!... Con que veamos, ¿qué quieres hacer? ¿te gusta la política?...

ART. No la entiendo.

LEON. Ese es el mejor modo de alcanzar en ella una brillante posicion.

ART. Si, pero yo no he hecho estudios...

LEON. Hombre, nunca serás tan ignorante que no sirvas para ministro, ó por lo menos para gobernador de provincia.

ART. ¡No digo!.. otros que valen menos han llegado á empuñar las riendas del gobierno... yo al fin sé montar á caballo.

LEON. Pues en cuestion de riendas ya ves tú si la equitacion es importante.

## ESCENA V.

DICHOS, ISABEL.

ART. ¡Primita!...

LEON. ¿Vas á salir, hija mia?

ISABEL. No señor.

LEON. Como has trocado tu bata de mañana por ese lindo vestido...

ISABEL. Es sencillamente que como tenemos un huéspede que solo admira á las mujeres como obras de arte...

LEON. Tú has querido parecerle artísticamente bella. Pero oye, ¿estás enferma?

ISABEL. No señor.

LEON. Creo encontrarte un poco pálida.

ISABEL. Usted siempre cree lo mismo.

LEON. ¡Oh! y no suelo equivocarme. Precisamente el dia de la accion de Chiva le decia yo eso á un compañero que me aseguraba que estaba bueno, y que dos horas despues era cadáver.

ART. ¿Le dió el cólera sin duda?

LEON. No, pero le dieron un balazo los carlistas. (Á Isabel.) Debes tomar una tacita de té; si mi compañero me hubiese creido la hubiera tomado y...

ART. ¿Y hubiese variado la direccion de la bala?

LEON. Con que dime, hija mia, ¿qué te ha parecido nuestro jóven viajero y su célebre sistema?

ISABEL. En cuanto al viajero es un buen mozo, no puede negarse.

ART. (Malo.)

LEON. ¿Y el sistema?..

ISABEL. Espero probarle antes de mucho que no es mas que un castillo de naipes, que cae al menor soplo del viento.

LEON. Excelente simil. ¡Eh! ¿Qué tal, Arturo? ¿Y cómo piensas probar á Enrique la falsedad de su sistema?

ISABEL. Puesto que todo él se funda en el egoismo, yo le probaré que el amor existe haciéndole sentirlo.

LEON. ¿Y si no lo logras?

ISABEL. Yo le haré caer á mis pies antes de mucho.

ART. Protesto contra esa idea, primita.

ISABEL. Á tí nadie te dá vela en este entierro.

ARB. Pero es que puedo llevarla, y muy grande. Eres mi prometida...

ISABEL. Y dejaré de serlo desde este momento si te opones á mis deseos... ¿no es verdad, papá?

LEON. Si, hija mia.

ART. ¡Cómo! ¿usted aprueba es e capricho? Parece imposible que un hombre de su talento...

LEON. Tienes razon, Arturo; un hombre de mi talento... Ya lo oyes, Isabel.., ¡un hombre de mi talento!...

ISABEL. Pues yo lo quiero, ea; lo quiero, y será. No faltaba mas.

LEON. Ya lo oyes, Arturo; dice que quiere, y yo, aunque tengo mucho carácter... voy á ser débil por esta vez. Lo mismo me pasaba siempre con mi mujer, que está en gloria, despues de habérmela hecho ganar á mí con su genio.

ISABEL. Y ustedes van á ayudarme.

ARN. ¿Yo? ¡Pues tendria gracia!

ISABEL. Solo á ese precio serás dueño de mi mano.

ART. En ese caso acepto. Pero ¿cómo es posible?...

ISABEL. Mi corazon no ha de tomar la menor parte en esta intriga. Sus palabras me han ofendido, y quiero vengarme.

ART. Estoy á tus órdenes.

LEON. (Veo que mi sobrino vá á ser un marido de buenas tragaderas.)

ISABEL. Déjenme ustedes sola.

LEON. No, en cuanto á eso, Isabel, me opongo formalmente.

ISABEL. ¡Es preciso! (Variando de tono.) Vamos, papaito... ¿no es verdad que vá usted á marcharse? (Con zalameria.)

LEON. Te digo que no, y soy una roca... pero en fin, si te empeñas... Vamos, Arturo.

ART. ¡Qué padrazo! (Salen por el foro.)

## ESCENA VI.

ISABEL, á poco ENRIQUE.

ISABEL. El carácter de ese hombre ha picado mi amor propio, y es necesario á toda costa que yo triunfe de su indiferencia. (Se sienta en el sillon y hojea un album.)

ENR. (Sale en traje de calle, vá á dirigirse al foro, vé á Isabel y se detiene.) ¡Ah! ¡Señorita! (Saluda.)

ISABEL. ¡Cómo! ¿Vá usted á privarnos ya de su grata presencia?

ENR. Mi grata presencia debe ser á usted indiferente.

ISABEL. ¡Oh! de ningun modo. Los amigos de mi padre lo son mios.

ENR. En ese caso todo el mundo deseará ser amigo de su padre de usted.

ISABEL. Tome usted asiento.

ENR. Está usted complacida. (Sentándose.)

ISABEL. Pero mas cerca. (Enrique acerca su silla.) Mas...

ENR. ¿Todavia mas? (Poniéndose juuto al sillon de Isabel.)

ISABEL. ¡Oh! no tanto.

ENR. (Vaya un capricho.) (Separa la silla.)

ISABEL. Asi. (Pausa. Isabel y Enrique se contemplan mútuamente, esperando cada uno á que hable el otro.) No dice usted nada?

ENR. No... ¿y usted?

ISABEL. Nada. (Con despecho.)

ENR. Pues hemos concluido. (Pausa.)

ISABEL. ¿Sabe usted que el que escuche nuestra conversacion quedará enterado?

ENR. (¡Ah! Me está entrando un sueño horrible.) (Vuelve la cara para bostezar.)

ISABEL. ¿Se fastidia usted?

ENR. No, señora. (Pausa.)

ISABEL. Pero, hombre, diga usted algo. (Con cólera.)

ENR. ¿Algo? Hace mucho frio.

ISABEL. En el mes de Enero lo raro seria que hiciese calor.

ENR. Es verdad. (Pausa.)

ISABEL. Papá me ha hablado muchas veces de sus viajes de usted.

ENR. He recorrido toda Europa.

ISABEL. ¿Habrá usted estado en Nápoles?

ENR. Tres ó cuatro veces.

ISABEL. ¿Ha visto usted el Vesubio?

ENR. Una vez tan solo.

ISABEL. ¿Y no experimentó usted ninguna sensacion al contemplar aquella espantosa sima?

ENR. Si, señora.

ISABEL. (Gracias á Dios que hay algo en el mundo que le ha hecho sentir.) Y... ¿qué sintió usted, amigo mio?

ENR. Un calor horrible, señorita.

ISABEL. ¿Y nada mas? ¿Su corazon de usted?...

ENR. Mi corazon no sintió lo mas mínimo... mis piernas eran las que estaban algo cansadas.

ISABEL. Tambien me ha dicho papá que ha asistido usted á las guerras de Italia y de Oriente.

ENR. Si señora.

ISABEL. ¿Fué usted á pelear por la causa de la libertad?

ENR. Ah, no. Yo fuí simplemente de espectador, de curioso. Por lo demas me era indiferente que triunfáran unos ú otros.

ISABEL. ¿Y qué pensaba usted á la vista de los campos de Solferino, cubiertos de cadáveres?

ENR. Pensaba que si para traspasar los umbrales de la puerta del cielo, es necesario como en los palacios de la tierra hablar con el portero, ya le habia caido que hacer á San Pedro, aunque no hiciera mas que saludar á todos aquellos señores.

ISABEL. No le ensusiasmaban á usted los gritos de victoria, el sonar de los clarines, el tronar de los cañones?...

ENR. Señorita, yo soy poco amigo del ruido, y el que allí habia era capaz de atronar á los sordos; ademas creo que la gloria de las armas no vale la vigésima parte de los males que ocasiona.

ISABEL. Yo por el contrario, soy entusiasta de los ejércitos.

ENR. Pues debe usted casarse con un militar.

ISABEL. (No hay nada que le altere.) (Pausa.) ¿Ha leido usted las poesias de Zorrilla?

ENR. Yo no leo nunca versos. ¿Conoce usted la obra de Proudhon sobre la paz y la guerra?

ISABEL. Yo no leo nunca sandeces. (Con viveza.)

ENR. Hace usted bien.

ISABEL. Lo mismo creo.

ENR. Puesto que somos del mismo parecer y se halla el pun-

to suficientemente discutido... se levanta la sesion. (Levantándose y disponiéndose á marchar.)

ISABEL. Pero... ¿no hay nada en el mundo que le incomode á usted? (Se levanta.)

ENR. Yo tengo muy buen carácter.

ISABEL. Eso ya no es buen carácter, es...

ENR. ¿Majaderia?... Bien puede ser.

ISABEL. (¡Uy! ¡Qué hombre!) Pero hágame usted el favor de contradecirme, aunque no sea mas que para manifestar que me escucha.

ENR. Los hombres bien educados, y yo me precio de serlo, somos siempre de la opinion de ustedes, aun cuando digan los mayores disparates.

ISABEL. ¿Con que yo digo disparates?

ENR. Yo no he dicho eso.

ISABEL. Pero lo piensa usted, que es lo mismo.

ENR. Es usted demasiado jóven para leer en mi pensamiento.

ISABEL. No puedo mas. (Pausa. Dejándose caer en el sillon como fatigada.)

ENR. ¿Tiene usted algo que mandarme?

ISABEL. Nada. (Con despecho. Toma el album.)

ENR. Pues estoy á los pies de usted.

ISABEL. Beso á usted la mano. (Dejando caer el album.) ¡Ay!...

ENR. Tome usted. (Recogiendo el album.)

ISABEL. Gracias. (Despues de una pausa.) ¿Decia usted?...

ENR. Ni una palabra. Usted era la que parecia tener que decirme algo.

ISABEL. ¿Yo?

ENR. Es claro. ¿Para qué ha tirado usted su album sino para llamarme la atencion?

ISABEL. ¡Caballero! (Levantándose.)

ENR. Señorita, ¡la que á mí se me escape!...

ISABEL. ¡Ah! si, usted se conoce que es muy listo... (Con ironia.)

ENR. Tengo alguna penetracion, y voy á dar á usted una prueba de ella.

ISABEL. Veamos. (Con desden.)

ENR. Desde el momento en que me he presentado en esta casa, he llamado la atencion de usted.

ISABEL. Por lo extravagante de sus ideas.

ENR. Convengo en ello. Usted se ha dicho; «hé aqui un hombre que no se parece en nada á los demas, hé aqui un corazon de hierro que no me pesaria fundir al calor de

mis miradas,» y dicho y hecho, ha intentado usted la fundicion.

ISABEL. Basta, caballero.

ENR. No, no basta; mi deber de hombre honrado me manda continuar. Usted ha querido amarrar mi corazon al carro de sus triunfos amorosos, solo por el placer de triunfar de mi indiferencia, acaso por el de reirse luego de mi debilidad. Pero al emprender esa lucha corre usted un gran riesgo de que debo prevenirla.

ISABEL. ¿Un riesgo?

ENR. El de enamorarse de mí formalmente, y como yo no estoy dispuesto á enamorarme...

ISABEL. (¡Qué insolencia!) Caballero, no se pasa usted de modesto...

ENR. Á mí no me gusta pasarme de nada, señorita.

ISABEL. Pues por esta vez creo que se ha pasado usted de presuntuoso... ¿Enamorarme de usted?

ENR. Es un percance que ha ocurrido á otras muchas.

ISABEL. ¿Qué idea tiene usted formada de sí mismo?

ENR. Creo que si bien no soy ningun Adonis...

ISABEL. No, ni mucho menos. (Interrumpiendo.)

ENR. Tampoco me tengo por un hombre despreciable. Mi sastre me ha dicho repetidas veces que soy un buen mozo.

ISABEL. Pues su sastre de usted le adula, caballero.

ENR. Bien podrá ser.

ISABEL. Y para que vea cuán distante estoy de participar de su opinion ni de correr el riesgo con que hace poco me amenazaba, le ruego que aguarde algunos momentos y escuche lo que voy á decir á mi padre. (Acercándose á la puerta del foro y llamando con rabia.) ¡Papá!... ¡Arturo!... ¡Papá!...

## ESCENA VII.

DICHOS, D. LEON, ARTURO.

LEON. ¿Qué es eso? ¿Se quema la casa?

ENR. Creo que no, señor don Leon.

ART. ¿Pues qué sucede?

ISABEL. Arturo, esta mañana me has rogado que fijase la época en que debia verificarse nuestro matrimonio.

LEON. Á mí me ha hablado de eso hace media hora.

ENR. ¡Cómo! ¿Se casa usted? (Á Arturo.)

ART. (¡Delante de este hombre! ¡Qué vergüenza!) ¿Y bien, prima mia?

ISABEL. Que he resuelto que sea en seguida. (Que rabie.) (Por Enrique.)

ENR. Doy á entrambos mi enhorabuena y me ofrezco á servir de padrino.

LEON. Dispense usted, amigo mio, pero sobre esta cruz que gané en la batalla de Chiva, he jurado que mi hija no tendria mas padrino que yo.

ENR. No he dicho nada.

ART. Pero necesitamos obtener la dispensa... (¡Morir tan jóven!)

ISABEL. Eso cuando se quiere se obtiene al momento: usted, papá, vá corriendo á buscar los papeles... y tú te marchas á tu casa á hacer la maleta y á disponer tu viaje para Roma.

LEON. Pero considera...

ART. Piensa...

ISABEL. Nada, nada, está dicho.

ART. ¿Pero ir á Roma?

ISABEL. Es el modo de que se resuelva pronto... Vamos, muévase usted. ¡Jesus, qué calma! ¡Arturo!

LEON. Ya voy, mujer... Recuerdo que cuando la expedición del Pretendiente...

ISABEL. ¿Vá usted á contarnos ahora la expedicion del Pretendiente?

ART. ¿Conque puedo anunciar á mis amigos?... (Es decir, á mis acreedores.)

ISABEL. Todo lo que quieras... Yo voy tambien á salir para mandarme hacer el traje de boda.

LEON. Pero, hija...

ISABEL. Calle usted, si quiere, y haga lo que le dicen. (Le hace salir por la primera puerta izquierda.)

ENR. (Pues es una alhaja.)

ISABEL. Vamos, Arturo. (Empujándole al foro.)

ART. Á Roma por todo. (Saliendo.)

ENR. ¿Quiere usted que yo me pase por la litografia para mandar tirar las papeletas de convite?

ISABEL. Muchas gracias. (Con sequedad. Váse por la primera puerta derecha.)

ENR. No hay de qué darlas. (Se sienta con calma en el sillon en que estuvo Isabel, abre el album que hay sobre la mesa y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

## ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, ARTURO.

R. ¿Con que tiene usted ya lista su maleta?

T. Si señor.

R. Dice usted eso con una resignacion que cualquiera pensaria no tiene grandes deseos de ver la Ciudad Santa.

T. No es la vista de Roma lo que me intimida.

R. Pues no comprendo...

T. Á usted, que es un hombre superior, puedo confiarme.

R. Hable usted.

T. Yo no soy ningun tonto... créame usted.

R. Basta que usted lo diga.

T. Y el matrimonio...

R. ¡Ah! ¿conque es el matrimonio lo que á usted asusta?

T. Precisamente. Solo tengo veinticuatro años...

R. En efecto, es usted demasiado jóven para suicidarse... Pero si mal no recuerdo Isabel decia hace dos horas que usted la habia instado para que señalase el dichoso dia.

T. Es porque no creia que accediese á mis instancias.

R. De modo que usted no quiere casarse.

T. Hombre, yo quiero... y no quiero.

R. Si usted no se explica...

ART. Quisiera casarme, es verdad, pero no tan pronto... n fin, yo quisiera casarme... sin casarme.

ENR. Pues ya dada su palabra debe usted...

ART. ¿Que si debo, eh? (A quién se lo cuenta.) Si no deb a no me casaría...

ENR. ¿No ama usted á su prima?

ART. La amo, si... no con la pasion de Macias... ella ti e buenas cualidades; pero, amigo mio, su carácter.. s tan caprichosa y tiene caprichos tan raros...

ENR. ¡Si, se casa con usted!

ART. Por hacer rabiar á alguien.

ENR. ¿No cree usted que le ame?

ART. Todo lo que ella es capaz de amar.

ENR. ¿Cómo?

ART. Me ama un poco mas que al vestido que estrenó aye un poco menos que al que estrenará mañana.

ENR. ¿Y usted á su vez la corresponde del mismo modo?

ART. No digo...

ENR. Van ustedes á ser un matrimonio modelo.

ART. Por eso yo queria tomarme algun tiempo... Los dos mos demasiado jóvenes... Yo hubiera querido viaja añadir algunos nombres al catálogo de mis víctimas, decir, de mis conquistas y...

ENR. Comprendo, pero, amigo mio, en ese tiempo se expo usted á que alguno tuviese la abnegacion de querer s crificarse en su lugar...

ART. (Y me soplase los dos millores.) Tiene usted razon.

ENR. Isabel creo que es rica... y el dinero...

ART. Si, el dinero tiene muchos atractivos... ¡Hay en Madr tantos que van á caza de gangas! Y en oliendo bu dote, acuden como las moscas á la miel... Anoche mi mo presentaron á Isabel en su palco á cierto caballer que no dejó de inspirarme algun recelo, porque al fi aunque yo sea hombre probado en las lides de Cupid la prudencia sienta bien en los guerreros.

ENR. Sin contar con que no hay Napoleon que no encuent en alguna parte su Waterlóo.

ART. Efectivamente, y como mi prima ha resistido has ahora mas que los ingleses en aquella célebre batall yo empecé á temer que aquel individuo fuese el ejér cito prusiano que venia á atacar á los batallones de m guardia.

NP. ¿Y ha averiguado usted algo?

RT. Si por cierto. Hace media hora, al salir de mi casa despues de haber arreglado mi maleta, he encontrado á uno de mis amigos, acompañado precisamente del susodicho jóven, le he llamado aparte con un pretesto, y le he preguntado por el nombre de su acompañante, á quien me ha presentado como á don Eduardo Montero, capitan de húsares.

NR. ¡Eduardo Montero!

RT. ¿Le conoce usted?

NR. Es íntimo amigo mio.

RT. ¿Y qué clase de hombre es?

NR. Tranquilícese usted; Eduardo es como yo, soltero por conviccion y por sistema.

RT. ¡Quién pudiera imitar á ustedes!

NR. Solo nos diferenciamos en que yo no digo jamás una palabra de amor, y Eduardo enamora tambien por sistema á todas las mujeres.

RT. ¿Pero no se casa con ellas?

NR. Hubiera ya reunido un verdadero serrallo.

RT. Pues si no se casa, casi le agradeceria que enamorara á mi prima por una temporada y dilatara con esto el dia del sacrificio, vulgo casamiento.

NR. Silencio; alguien viene.

## ESCENA II.

DICHOS, D. LEON.

ON. (Entrando por el foro con un legajo de papeles.) ¡Ay, Dios mio de mi alma! (Se deja caer en un sillon.) Ni en la batalla de Chiva, ni el dia de la llegada del Pretendiente al portazgo de Vallecas, ni cuando hice mi célebre defensa de aquel reo á quien condenaron á muerte, trabajé yo mas que esta bendita mañana.

T. Pero, tio...

R. ¿Qué tiene usted, señor don Leon?

ON. ¿Qué he de tener? Que estoy molido, amigo mio; si, señor, lo que se llama molido, molido, esa es la palabra.

T. Bien, molido; ¿y qué?

ON. ¿Pues te parece poco? He recorrido todo Madrid en busca de esos malditos papeles; de la vicaria á casa del es-

cribano, de casa del escribano otra vez á la vicaria. vicario me mandaba á ver al cura párroco, este al chivero, el archivero al sacristan, el sacristan al den nio...

ENR. ¿Al demonio?

LEON. Si, señor, y qué cerca del cielo vive el muy maldito Todos los archivos de las iglesias se hallan á la altu de las campanas, y á todo esto sin encontrar un coc en todo Madrid... ¡Ah! mire usted, señor don Enriqu (Le enseña una moneda.) ¿qué le parece á usted esta m neda que he comprado á un prendero?

ENR. Bien, es un *scheling*; en Inglaterra vale cinco reales.

LEON. ¿Cómo cinco reales? El prendero me ha llevado por media onza, media onza de oro. (Se levanta.)

ENR. Pues le ha robado á usted ciento cincuenta y cin reales.

LEON. Eso no es posible; es el proveedor de mi museo a queológico.

ENR. ¿Y vá usted á colocar eso en su museo?

LEON. Si, señor; porque, diga usted lo que quiera, no me co vencerá de que esto no es un *siclo*, moneda muy usu en tiempo de Jesucristo.

ART. Si, lo mismo que aquel famoso retrato del Cid, que u ted guardaba como oro en paño, y que luego resul ser un traslado de la ilustre persona de un bandido Cataluña.

LEON. Tan Cid era aquel Cid, como *siclo* es este *siclo*. Pe hablando de otra cosa... Ya tienes ahí los papeles, hom bre; ya te puedes ir á Roma cuando te dé la gana, casarte, y anda bendito de Dios... ¡Ah! se me olvidab tu criado te está esperando ahí fuera, dice que trae un carta urgente.

ART. Voy al momento. (Sale por el foro.)

## ESCENA III.

ENRIQUE, D. LEON, á poco ISABEL.

LEON. Amigo mio, yo tengo que dar á usted una explicacion

ENR. ¿Una explicacion?

LEON. Si, una explicacion de mi conducta. Usted ha visto qu mi hija me llevaba esta mañana como palillo de barqu

llero...

ENR. Yo no veo nunca lo que no me importa, señor don Leon.

LEON. Es que quiero que usted sepa que yo soy muy enérgico; si, señor, muy enérgico: ¿lo duda usted?

ENR. ¿Y por qué habia de tomarme el trabajo de dudarlo?

LEON. (Es de piedra berroqueña.) Pues si, señor, en mi casa siempre se hace lo que yo quiero... á no ser que los demás quieran que se haga otra cosa diferente. Mi hija está un poco mimada, y ha hecho siempre lo que le ha dado la gana; pero esto no es porque á mí me falta carácter, sino porque me sobra debilidad.

ENR. Lo mismo creo.

ISABEL. ¡Papá! (Saliendo.)

LEON. Hija mia, ya tienes aqui todos los papeles.

ISABEL. ¿Qué papeles?

LEON. Toma, los documentos necesarios para pedir la dispensa... ¡Me ha costado un trabajo llegar á reunirlos!

ISABEL. Pues siento que se haya usted cansado, porque ahora son inútiles.

LEON. ¿Inútiles?

ISABEL. Si, lo he reflexionado mejor y... no me caso.

LEON. ¿Pero por qué, hija mia?

ISABEL. Porque Arturo... y yo... (Con viveza.) En fin, porque no me caso.

ENR. (Es una malva.)

LEON. ¿Qué dice usted á esto, amigo mio? (Á Enrique.)

ENR. Ya vé usted, don Leon, que no digo nada.

ISABEL. Es raro, porque el señor suele decir buenas cosas.

ENR. Pues son generalmente mejores las que me callo.

LEON. Mira, Isabel, esto no pasa. Yo me he encontrado en la accion de Chiva, yo pertenezco á un sinnúmero de academias y museos nacionales y extranjeros, yo visto la honrosa toga de abogado, y no consiento que juegue conmigo una chiquilla como tú.

ISABEL. ¡Una chiquilla!

LEON. Si, señor, una chiquilla, ¿y qué?

ISABEL. Yo sé lo que tengo que hacer.

LEON. Harás lo que quieras, pero despues de casada con tu primo. ¡Hola, hola! ¡Ó soy ó no soy un hombre de carácter! ¿Qué tal, señor don Enrique? (Bajo á este.)

ENR. Perfectamente. (Bajo á D. Leon.)

ISABEL. ¿Y si yo digo que no amo á mi primo?

LEON. Te casarás con él.

ISABEL. ¿Y si amo á otro?

LEON. Eso es cuenta suya.

ISABEL. ¿Y si?... Dios me perdone.

LEON. Amen. (Me estoy portando.)

ISABEL. ¿Y si declaro terminantemente que no quiero casarme?

LEON. Soy un poste... pero en fin, si absolutamente no quieres, ¿cómo ha de ser? te quedarás soltera.

ISABEL. ¡Gracias á Dios! ¡Uy, tiene usted un carácter!...

ENR. (De goma elástica.)

LEON. ¡Y cómo le digo yo ahora á Arturo!...

ISABEL. Usted se compondrá como pueda. Un abogado de talento debe tener siempre una mentira á mano para salir de un compromiso.

LEON. Ese argumento me convence. Nada, le leeré el discurso que tanta impresion hizo en los jueces en la vista de mi único pleito.

ISABEL. ¡Qué bueno es usted! (Con zalameria.)

LEON. Si, bueno es mi padre cuando hago todo lo que quiero.

ENR. Lo peor del caso es que creo que Arturo habia ya participado su próximo casamiento á muchos de sus amigos.

ISABEL. Pues con eso ahora podrá participarles que se queda soltero, y les habrá dado en un dia dos noticias de efecto.

ENR. Y sobre todo usted habrá hecho su gusto.

ISABEL. Me parece que estoy en mi derecho.

LEON. No se case usted nunca, amigo mio.

ENR. Estoy en ello.

ISABEL. Eso, dicho en mi presencia y á propósito de lo que acaba de pasar, es cuando menos inconveniente.

ENR. Bien podrá ser.

ISABEL. Beso á usted la mano. (Váse por la primera puerta derecha.)

ENR. Estoy á los pies de usted. Señor don Leon, con su permiso me voy á escribir una carta.

LEON. Es usted muy dueño.

ENR. Salgo dentro de cinco minutos.

LEON. Pues hasta luego. (Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA IV.

D. LEON, ARTURO.

LEON. (Sacando la moneda que enseñó antes.) ¡Decir que esto no es un siclo! (Se queda sentado y meditando.)

ART. (Entra guardándose una carta en el bolsillo.) Una carta del mas feroz de mis *ingleses*, recordándome el vencimiento de un pagaré que cumple mañana y que no puedo satisfacer! ¡Y yo que habia olvidado la fecha!... ¡Bah! No hay mal que por bien no venga... Con pretexto de mi precipitado viaje á Roma, pediré á mi tio que me adelante fondos y!... (Reparando en D. Leon, que contempla la moneda.) Aqui está mi hombre.

LEON. *¡Siclo* y muy *siclo!*

ART. ¡Querido tio!

LEON. ¿Quién?... ¡Ah! ¿Eres tú?... Oye... ¿crees posible que los ingleses den esta moneda? (Se levanta.)

ART. Imposible, tio, los *ingleses* no dan nunca mas que pesadumbres.

LEON. Muy bien dicho.

ART. Tengo que pedir á usted un favor.

LEON. Habla.

ART. Mi apoderado aun no me ha remitido este mes dinero.

LEON. ¿Y estás tronado?

ART. No... Tengo lo que necesito, mas de lo que necesito, (miento) y si no fuera por el viaje á Roma...

LEON. ¿El viaje á Roma?

ART. Si, ya vé usted, no quiero marchar con lo justo á un pais extraño, allí podria sucederme algun percance...

LEON. Dices bien, pero por esa parte puedes estar tranquilo.

ART. ¿Cómo?

LEON. Hombre, yo no sé cómo decirte que Isabel ya no quiere casarse contigo...

ART. Pues dígamelo usted asi de una manera indirecta.

LEON. Pues si, ella me ha encargado que invente una mentira...

ART. ¿Para hacerme tragar la píldora?

LEON. Justamente.

ART. Pero, tio, eso es una informalidad.

LEON. Eso digo yo.

ART. Una inconsecuencia.

LEON. Lo mismo creo.
ART. Yo tengo su palabra...
LEON. Pues es claro...
ART. Y usted no ha debido ceder de ningun modo.
LEON. Pues ya lo creo que no he debido ceder... pero lo malo es que he cedido.
ART. Siempre lo mismo.
LEON. De modo que no teniendo ya que marchar á Roma, no tendrás necesidad de dinero.
ABT. Es verdad. (He quedado lucido.)
LEON. Pues yo voy á llevar este siclo á mi monetario. (Váse por la primera puerta izquierda.)

## ESCENA V.

ENRIQUE ARTURO.

El primero sale por la segunda puerta izquierda. Arturo, que vá á salir por el foro, le ve y se detiene.

ART. Amigo mio, ¿sabe usted lo que me pasa?
ENR. Sé que Isabel se niega á casarse, por lo cual doy á usted mi enhorabuena.
ART. ¡Gracias! (Voy á pegarme un tiro.) (Váse por el foro.)

## ESCENA VI.

ENRIQUE, luego ISABEL.

ENR. Me atengo á mi sistema. Apenas hace tres horas que estoy en esta casa y no puedo ni respirar libremente. En tan corto espacio de tiempo ¡qué de cosas que nada me importan me han hecho saber á pesar mio! Don Leon me ha referido lo menos quince veces la batalla de Chiva; este majadero me ha puesto al corriente de sus amores, y la niña... ¡Oh! ¡lo que es la niña!...
ISABEL. (Saliendo.) (Aqui está. Me he dejado arrebatar demasiado pronto y es preciso que yo triunfe de él á toda costa.)
ENR. Se pasó ya la... pues... la incomodidad?...
ISABEL. ¡Oh! si, señor... Ye tengo el carácter un poco vivo...
ENR. Si, he tenido ocasion de conocerlo.
ISABEL. Pero al momento se me pasa.
ENR. Vamos, mas vale asi.

ISABEL. Pues qué, ¿habia usted pensado que yo fuera rencorosa?

ENR. ¡Ah! no... no señora... (¡Qué cambio!)

ISABEL. La mujer es siempre el ángel de paz que alfombra de flores el camino de la vida.

ENR. En cuanto á eso de ángel, lo admito como figura retórica, pero lo de las flores...

ISABEL. (Con amabilidad.) ¿No lo cree usted? Si, amigo mio. Y si alguna vez la vivacidad de su carácter la hace dejar alguna espina entre ellas, bien pronto se reconoce y acude á curar la herida...

ENR. (Interrumpiendo.) Que mas valia no hubiese causado, y con eso se ahorraba el trabajo de curarla... Ademas que tal puede ser el pinchazo...

ISABEL. (Con viveza.) (Este hombre es un erizo.) (Conteniéndose.) Sin la mujer ¿qué seria de los hombres?...

ENR. Andariamos muy satisfechos por el Paraiso, como nuestro padre Adan, que bien podia haber pensado lo que hacia, antes de indicar el diente en aquella dichosa manzana.

ISABEL. Bien, pero ya que lo hizo, teniendo que sufrir por ello el castigo merecido, Dios al menos quiso dejarle el amor, como único consuelo; la familia como felicidad suprema.

ENR. Pues mire usted que la familia de nuestro padre Adan era lucida. Eva no quiero decir lo que era, y en cuanto á Cain, si no acabó en una horca ó en presidio es porque la civilizacion aun no habia inventado estas penas.

ISABEL. (Ya me vá faltando la paciencia.) Veo que está usted bastante aferrado en sus opiniones.

ENR. No creo que haya nada en el mundo capaz de hacerme variar.

ISABEL. ¿Quién sabe? (Mirándole con intencion.)

ENR. Ni siquiera esa mirada, y cuidado que es alarmante, lo confieso.

ISABEL. Usted acabará por casarse.

ENR. Dios me libre... digo... dispense usted, señorita.

ISABEL. (Conteniendo su impaciencia.) No, no hay de qué... Yo quiero que discutamos como buenos amigos.

ENR. (Si siempre fuera como ahora... ¡Qué disparate!)

ISABEL. ¿Con que está usted resuelto á permanecer soltero?...

ENR. Si, señora.

ISABEL. ¿Es usted aragonés, amigo mio?

ENR. Soy valenciano para lo que usted guste mandar.

ISABEL. Muchas gracias.

ENR. ¿Por qué lo decia usted?

ISABEL. Por nada... por la docilidad de su carácter.

ENR. Desengáñese usted, señorita, mi sistema es invariable... He llegado soltero á los veintiocho años, y soltero pienso morirme.

ISABEL. Nadie puede decir: «de este agua no beberé.»

ENR. Es verdad... ¡pero he resistido tantas pruebas!... Usted misma me está haciendo sufrir una... Porque es usted bonita...

ISABEL. ¿Si? (Con gracia.)

ENR. Yo lo creo, muy bonita; yo soy justo y me gusta dar á cada uno lo que es suyo, y si no pensara en que tiene un carácter bastante malo... no, no es eso... bastante... en fin, bastante he dicho.

ISABEL. (No sé cómo no le saco los ojos.) Continúe usted.

ENR. He concluido.

ISABEL. ¿Conque mi carácter?... pero eso está remediado en buscando una mujer que lo tenga muy bondadoso...

ENR. Es que yo... no sé por qué... pero voy creyendo que usted es la mejor de las mujeres... y eso mismo me hace pensar en que si siendo la mejor es asi, ¡qué tal serán las demas!...

ISABEL. (No se rinde... Pues yo no puedo estar mas amable.) (Con marcada intencion.) El carácter se corrige, y usted que tiene talento haria variar fácilmente el de su compañera... Luego el amor ayudaria á usted en su empresa, y el amor, segun dicen los poetas, sabe hacer milagros.

ENR. Pero, amiga mia, ¿qué interés tiene usted en convertirme?

ISABEL. El de usted mismo, á quien compadezco en medio de su aparente felicidad. Mientras usted sea jóven su egoismo podrá bastar á sus goces materiales, pero con el transcurso del tiempo...

ENR. Estaré hecho un carcamal, ya lo sé, pero mi esposa no lo estará menos... ¿Pues qué, ustedes se conservan siempre jóvenes y lindas? Usted sin ir mas lejos, dentro de veinte años será una jamona y dentro de veinticinco no habrá quien la mire.

SABEL. (¡Ay!... Voy á tentar el último esfuerzo.) Si, pero debe ser tan grato para el alma el recuerdo de una dicha pasada, pero no concluida...

ENR. (Esta mujer no es la misma de antes.)

ISABEL. (Continuando cada vez con mas dulzura.) Debe mirarse con tanta ternura el bosquecillo que oyó los primeros juramentos de amor y de felicidad...

ENR. (Que escucha con interés.) (¡Cómo lo pinta!)

ISABEL. Debe sonar tan dulce en los oidos la voz de un hijo, que á la par que honre el nombre de sus padres sea el báculo de su ancianidad...

ENR. (Con emocion.) ¡Señorita!...

ISABEL. (Vá á rendirse.) Y todas estas cosas reunidas deben formar en torno del corazon de un anciano un mundo ta de tranquila felicidad...

ENR. (Interrumpiéndola.) Basta, basta, señorita... (Reponiéndose y luchando con sus ideas.) Usted trata de pervertirme no sé con qué objeto. ¡Ah! pero felizmente yo estoy alerta y... (Reponiéndose.) Estoy á los pies de usted. (Sale precipitadamente por el foro.)

ISABEL. ¡Es imposible! (Dejando estallar su cólera.)

## ESCENA VII.

ISALEL, sola.

(Despues de un momento de pausa.) ¿Conque no hay ningun medio de vencer á ese hombre? ¿Conque ni los epigramas le irritan ni la dulzura le adormece?... No, pues lo que es ahora no he podido estar mas amable... Y eso que ¡ay Dios mio! he tenido que hacer esfuerzos heróicos para contenerme... ¡Malditos sean todos los hombres y la que se acuerda de ellos!... No, si yo llevara pantalones habia de tener cada dia un desafio... (Reflexionando.) Cuando yo le creia rendido, cuando iba á vengarme de todos sus ultrajes, se pronuncia en retirada... y... lo que es huyendo uno de los contendientes no hay medio de combatir... Sin embargo... esa huida... ¿qué quiere decir esa huida?

## ESCENA VIII.

ISABEL, ARTURO.

ART. (¡Victoria! He conseguido un plazo, en el que podré reunir el importe de mi pagaré.)

ISABEL. ¡Ah! ¿Eres tú?

ART. ¡Primita!...

ISABEL. ¿Cómo van tus preparativos de viaje? (Con ironia.)

ART. ¿Cómo mis preparativos?

ISABEL. Supongo que estarás dispuesto á marchar á Roma inmediatamente.

ART. ¡Qué cruel eres!

ISABEL. ¡Yo!

ART. (No debo olvidar mi papel de enamorado.) Cuando debes suponerme devorado por el sentimiento, vienes con tu sarcasmo á aumentar mi pena.

ISABEL. Yo creí hacerte un favor concediéndote un par de años mas de libertad.

ART. Isabel, estoy admirado de lo poco que me quieres. Tú vengarás en mí las malas pasadas que he tenido la gloria de jugar á las de tu sexo...

ISABEL. Ya sabes que no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla...

ART. (¡Dígalo mi pagaré, que me ha dado un rato!...) Es verdad, prima mia; pero la venganza es ya demasiado cruel, y espero que tu corazon me conceda un indulto generoso...

ISABEL. ¿Pero me amas verdaderamente?

ART. ¿Y me lo preguntas?...

ISABEL. Pues nunca lo hubiese sospechado.

ART. ¿Y qué premio das á tanta abnegacion? Cuando tus palabras de esta mañana me han hecho feliz por un momento, viene en seguida tu padre y ¡zás!... de golpe y porrazo derriba todo el castillo de mis ilusiones, diciéndome que no quieres casarte...

ISABEL. Por ahora, primo, por ahora... Mas tarde...

ART. ¡Mas tarde!... ¿y cómo no he de temer tantas dilaciones cuando tu belleza (y tu dinero) atraen á tu alrededor un millon de adoradores?... cuando sin ir mas lejos, tienes en tu misma casa un jóven que...

ISABEL. ¿Enrique?

ART. El mismo.

ISABEL. Enrique no es un jóven, ni siquiera un hombre...

ART. ¿Qué es entonces?

ISABEL. No lo sé... No hablemos mas de él.

ART. (Aqui que no peco.) ¿Cómo no he de hablar de él cuando no hace un momento me ponderaba tus encantos con un entusiasmo, con un fuego!...

ISABEL. ¿De veras?...

ART. (Creo que he ido demasiado lejos.) Si, me decia: si su prima de usted no estuviese tan mal educada, y yo no me hallase resuelto á permanecer soltero me casaba con ella inmediatamente.

ISABEL. ¿Te ha encargado acaso que me repitas sus impertinencias?

ART. Yo nunca me encargaria de semejante comision.

ISABEL. No, ni creo que él necesite de intérprete para explicarse sin rodeos.

ART. ¿Y tus proyectos de demostrarle la falsedad de su sistema?

ISABEL. Mis esfuerzos hasta ahora ha sido inútiles.

ART. *Qui dura vince.*

ISABEL. En eso confio, mi constancia acabará por triunfar de su indiferencia.

ART. ¿Y no temes, prima mia, que tu corazon acabe por interesarse en esa intriga?

ISABEL. Yo te aseguro que no tengo que temer.

ART. Esa confianza es el mayor de los peligros.

ISABEL. ¡Dále! ¡qué terco eres!..

ART. Es que cuanto mas reflexiono...

ISABEL. ¿Y quién te manda reflexionar?

ART. Dices bien, yo quiero casarme, y si la gente reflexionara no se casaria. Voy á sorprender á tu padre en su museo arqueológico.

ISABEL. Yo voy á bordar un rato. (Váse Arturo por la primera puerta izquierda.)

## ESCENA IX.

ISABEL, sola. Un momento de pausa.

¿Será posible que Arturo sienta por mí la pasion que

hace poco ponderaba?... ¿Y Enrique?... Dále con Enrique... Desde que ha llegado ese fátuo me estoy ocupando exclusivamente de él... ¡Y es buen mozo! Y tiene talento, eso si... ¡Ah! pero es un grosero, un egoista... y su conversacion es agradable cuando no habla de su sistema... y hay en todo él cierta cosa de buen tono... y es instruido... y sus maneras son excelentes... ¡Qué lástima que no esté un poco mas civilizado. (Se sienta y toma el bordado.)

## ESCENA X.

ISABEL, ENRIQUE, por el foro.

ENR. (Aqui está.)

ISABEL. (Es él.)

ENR. (No sé por qué sus palabras de antes me han impresionado tan vivamente.)

ISABEL. (¡Qué preocupacion!) ¿Ha salido usted?

ENR. He dado una vuelta por las calles con uno de mis amigos... (Despues de una pausa.) Isabel, tengo que hablar á usted formalmente... ¿será usted tan bondadosa que quiera escucharme?

ISABEL. Con mucho gusto. (No sé qué pensar.)

ENR. Hace media hora me hablaba usted del amor, de la familia...

ISABEL. ¿Aun se acuerda usted de eso?

ENR. Yo he tenido el honor de hacer á usted algunas objeciones, fundadas en mis ideas.

ISABEL. Y viene usted sin duda á aducir nuevas razones en contra de las mias.

ENR. Nada de eso... Yo á mi vez vengo á hablar á usted de la familia y del amor.

ISABEL. ¿De la familia y del amor?

ENR. Precisamente.

ISABEL. Ignoro si debo...

ENR. Usted no dudará que soy un hombre honrado.

ISABEL. ¡Oh! De ningun modo.

ENR. Pues bien, yo habia resuelto permanecer soltero...

ISABEL. Si, es lo mejor, porque luego aquello del sinapismo...

ENR. ¡Oh! no siempre lo son las mujeres.

ISABEL. Es verdad, existe tambien la mujer cantárida.

ENR. Señorita, si usted me interrumpe á cada palabra, no hay medio de concluir.

ISABEL. No desplego mis labios. (¿Qué querrá decirme?)

ENR. Yo, como decia, habia resuelto vivir y morir soltero, renunciar á los goces del hogar tranquilo, al placer de tener hijos que me miren sonriendo y que no dejen un cristal sano en mi casa, á los goces de la familia, en una palabra.

ISABEL. (¿Se está burlando?)

ENR. Encastillado en mi sistemà, había arreglado mi vida á una fórmula invariable, sin comprender que al apartar de mi camino los disgustos de los demas hombres, huia tambien de sus placeres.

ISABEL. Continúe usted... (¡Ya verás la que te espera!)

ENR. (¿Ella me anima? ¡Bravo!) Una mirada de sus ojos de usted me ha convencido de mi error, una palabra de sus labios puede hacerme abjurarlo para siempre. (Despues de un momento en que parece esperar á que Isabel diga algo.) Vamos, ¿qué, no dice usted nada?

ISABEL. Si le interrumpo á usted á cada palabra, no hay medio de concluir.

ENR. Es que yo he concluido.

ISABEL. Pues puede usted empezar otra vez, porque yo no he entendido nada.

ENR. Pues me parece que hablo castellano.

ISABEL. No lo niego.

ENR. Y puro... porque precisamente soy un gramático de primer órden.

ISABEL. Bien podrá ser; pero repito que no he entendido una palabra.

ENR. Vaya, volveré á empezar.

ISABEL. Pero claro... claro. (Yo te cortaré la retirada.)

ENR. Señorita, yo la amo á usted: ¿seré tan feliz que merezca ser correspondido?

ISABEL. ¿Usted? ¡Já, já, já! ¿Que usted me ama?

ENR. Su belleza de usted...

ISABEL. ¡Já, já, já! (Riendo.) Perdone usted, amigo mio; pero... ¡já, já!

ENR. ¡Señorita!...

ISABEL. (Esta es la mia.) ¡Já, já! pero... ¡qué bromista es usted!

ENR. ¿Cómo bromista?

ISABEL. ¡Já, já!

ENR. (Se está burlando.) Señorita, repito que hablo con la mayor formalidad.

ISABEL. Perfectamente, amigo mio, perfectamente... Si usted se dedica á la declamacion, hará maravillas.

ENR. (¡Esto ya pasa de raya! ¡Ah! ¡qué idea!) Pues señor, siento mucho que mi mision haya hecho tan espantoso *fiasco*... ¡Ya le decia yo á Eduardo que no esperase alcanzar nada. ¡Pobre amigo!

ISABEL. ¿Cómo Eduardo?... (Que ha escuchado con extrañeza.)

ENR. Eduardo Montero, uno de mis mejores amigos, que anoche tuvo el honor de ser presentado en su palco de usted...

ISABEL. ¿Pero qué tiene que ver?...

ENR. ¿Como qué tiene que ver?... ¿Pues no he dicho antes? Ay, señorita, pido á usted mil perdones...

ISABEL. No comprendo...

ENR. ¿Pero usted ha creido?... Já, já, já... Permítame usted reir á mi vez... Já, já... ¡Qué soberanamente ridículo he debido estar!...

ISABEL. Caballero, espero que usted me explicará qué quiere decir esto.

ENR. Pues yo lo creo, amiga mia.

ISABEL. Escucho á usted.

ENR. Al salir de esta casa me he encontrado con mi amigo Eduardo Montero, capitan de húsares, el cual apenas ha sabido que yo tenia la dicha de vivir aqui, despues de hacerme de usted mil exagerados elogios.

ISABEL. Muchas gracias.

ENR. No hay de qué. (Continuando, Isabel escucha con interés.) Me ha rogado hiciera saber á usted que ha conseguido inspirarle un amor de la fuerza de ciento veinte caballos.

ISABEL. (¡Qué vergüenza!) ¿De ciento veinte?

ENR. Parece que su escuadron no tiene mas, señorita.

ISABEL. Y... ¿acostumbra ese caballero á hacer sus declaraciones por boda de?...

ENR. Continúe usted... Por boca de ganso.

ISABEL. Ya que usted lo ha dicho...

ENR. Con que... ¿qué debo decir á mi amigo?

ISABEL. Que del mismo modo le haré saber mi resolucion. (Saluda irónicamente y se vá por la izquierda.)

## ESCENA XI.

ENRIQUE, solo.

Mi serenidad y las noticias de Arturo me han salvado... Parece imposible que un hombre como yo haya caido... ¡eh! nadie está libre de un mal pensamiento... Y la niña... ¡cuidado si tiene malicia! La verdad es que si la dá la gana de tomar mis palabras por lo sério, caigo de cabeza en el precipicio... y lo peor de todo es que no sé si siento no haber caido... ¡Qué locura! Veremos qué contesta... Estaria bueno que admitiese la proposicion de Eduardo, es decir, la mia... En fin, pronto voy á saberlo... ¿Quién será el *ganso* por cuya boca me dé la contestacion?

## ESCENA XII.

DICHO, ARTURO.

ENR. (Este. Debí figurarmelo.)

ART. Amigo mio, mi prima me encarga participe á usted que esta noche salgo para Alicante y Marsella, de donde marcharé inmediatamente á Roma.

ENR. ¡Hola! ¿Se resuelve por fin á dar á usted su mano?

ART. Si... Ahora voy á pedir mi pasaporte.

ENR. Pues feliz viaje. (Enrique y Arturo se dan la mano. Este se dirige hácia el foro, aquel á la segunda puerta izquierda. Cae el telon.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**

# ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

## ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, D. LEON.

LEON. Pues no se limitan á eso mis servicios... He corrido aun muchos mas riesgos por la causa de libertad.

ENR. (¿Qué me importarán á mí los riesgos que este haya corrido?)

LEON. Aqui donde usted me vé, yo he sido fusilado.

ENR. ¿Fusilado?

LEON. Hombre, fusilado enteramente no, pero poco menos.

ENR. (Es lástima que en España se hagan á medias todas las cosas útiles.)

LEON. Pues si señor, casi fusilado... Figúrese usted que un dia dan órden á mi compañia de salir escoltando un convoy desde Vinaroz á Castellon de la Plana. Se emprende la marcha y á la mitad del camino *¡tatatí! ¡tatatí!*... el ejército carlista... Se desplegan mis valientes en guerrilla y se arma una de tiros que no parecia sino que Dios tocaba á juicio. No quiero ponderar á usted lo que hicieron aquellos héroes, porque al fin yo era su capitan y no debo elogiarlos.

ENR. Al grano, señor don Leon, al grano...

LEON. Bien, hombre, bien; me reservaré la paja... Pues mi

compañia no pudo resistir mucho tiempo á las numerosas fuerzas que la atacaban, y fué toda ella hecha prisionera, á excepcion de los que habian muerto en el combate.

ENR. Ya se supone.

LEON. Y como los carlistas del Maestrazgo no se paraban en barras ni daban cuartel á nadie...

ENR. ¿Decidieron fusilar á sus prisioneros?

LEON. Precisamente: ¡qué cuadro, amigo mio, qué cuadro! Allí era de ver cómo se abrazaban unos á otros, allí...

ENR. ¿Y qué sucedió por último? (Interrumpiendo.)

LEON. Que ni uno solo salió con vida de las manos de aquellas fieras...

ENR. Pero ¿y usted?

LEON. ¡Ah!... yo... yo me salvé milagrosamente, porque me habia quedado en Vinaroz á causa de unas calenturas... Pero ya vé usted qué riesgo no corrí en aquel dichoso dia; porque si llego á salir de Vinaroz, me fusilan sin remedio.

ENR. Probablemente.

LEON. No hablaré del dia en que yo solo mandé dar cincuenta palos á un espia que habian hecho prisionero poco antes, ni de mi emocion al pasar el famoso puente de Luchana...

ENR. ¡Cómo! ¿se halló usted tambien en aquella terrible noche?

LEON. No, señor, lo pasé de dia hace dos años, cuando el médico mandó á mi hija tomar baños de mar... ¡Ah!... pero el recuerdo de aquellos valientes me hizo derramar lágrimas...

ENR. Lo creo, lo creo.

LEON. Alguien viene.

ENR. (¡Bendito sea!)

## ESCENA II.

DICHOS, ARTURO.

ART. Tio... ¡señor don Enrique! (Saludando.)

ENR. ¡Amigo mio! (Dándole la mano.)

LEON. Hola, Arturo.

ENR. ¿Viene usted ya de sacar su pasaporte?

ART. Lo tendré corriente dentro de media hora.

LEON. Amigo, vas á Roma, la gran ciudad de los monumentos, casi estoy por irme contigo para hacer allí algunos estudios...

ART. ¿Quiere usted ser cardenal ú obispo?

LEON. No, hombre, no.

ART. Como usted ha sido de todo...

ENR. (Y nada bueno.)

LEON. Pues mira, en mis tiempos no creas que dejé de tener vocacion para la carrera eclesiástica; pero, hijo, se atravesaron entre mi vocacion y yo los ojos de tu tia, que eran negros por mas señas, y acabé por casarme.

ENR. Muy bien hecho.

LEON. ¡Oh! nunca tuve de qué arrepentirme, porque aunque mi mujer tenia un carácter bastante malo, como yo me callaba siempre, no habia medio de regañar; y en cuanto á su fidelidad, respondo de ella como de la mia propia; es verdad que hubo malas lenguas que dijeron que si mientras yo hacia la campaña, ella tuvo ó no tuvo... pero ¿quién hace caso de tonterias?...

ENR. Es verdad, ¿quién hace caso de tonterias?

LEON. Arturo, puesto que al fin te marchas, estoy pronto á darte aquello de que me has hablado esta mañana.

ART. Mil gracias. (Nunca vendrá mal.)

LEON. Conque ven á mi gabinete y... Con el permiso de usted. (Á Enrique.)

ENR. Usted es muy dueño. (D. Leon y Arturo salen.)

## ESCENA III.

ENRIQUE, solo.

Pues, señor, no me conozco á mí mismo. Á pesar mio, veo que voy tomando interés por lo que no me importa. Enrique, vamos con tiento... ¿De qué me sirve haber pasado toda mi vida estudiando á los filósofos antiguos y modernos, si no logro sostener aqui el honor de mi bandera?... Pues tendria gracia que fuera yo á enamorarme y... Vaya, vaya... No hay que pensar en ello. (Despues de una pausa.) ¡Ay! La verdad es que estoy molido; despues de una noche de viaje, no he descansado un solo minuto y... Voy á reposar aqui algunos momentos. (Se sienta en un sillon del primer término.) ¡Ajá!... Ten-

go sueño... ¡Ah! (Bosteza y se queda medio dormido.) La mujer... el ma... tri... mo... nio...

## ESCENA IV.

ENRIQUE, ISABEL.

ISNBEL. ¿Duerme?... Está visto, nada le hace efecto.

ENR. El ma... tri... monio... ¡Isabel! (Durmiendo.)

ISABEL. ¿Qué dice?

ENR. El a... amor...

ISABEL. ¡Está soñando!.. ¡Y me nombra! Y habla dél amor: ¿qué significa esto?

ENR. ¡Y es her... mo... sa!...

ISABEL. (Es preciso despertarle.) (Deja caer una silla que vá á dar á Enrique en los pies )

ENR. ¡Ah!... Perdone usted, señorita. (Despertando.)

ISABEL. ¿Le he hecho á usted daño?

ENR. Mas podia haber sido. (Levantándose.)

ISABEL. Usted perdone... no le habia á usted visto, y mi aturdimiento...

ENR. Valga por aturdimiento, porque si lo hubiera usted hecho con la intencion de despertarme, no se lo perdonaria nunca.

ISABEL. ¿No?

ENR. No, señora, estaba gozando un sueño delicioso y hubiera sido una crueldad...

ISABEL. ¿Qué soñaba usted?

ENR. No lo sé, nada, pero era muy feliz...

ISABEL. ¿De veras? (Con alegria.)

ENR. Si... aunque por otra parte no tiene nada de extraño; despues de haber pasado toda una noche en vela, se se siente uno dichoso en cuanto logra conciliar el sueño.

ISABEL. ¿Nada mas que por conciliar el sueño? (Con intencion,)

ENR. Creo que eso es bastante.

ISABEL. Usted, sin embargo, creo que soñaba.

ENR. No lo recuerdo. (Pausa.)

ISABEL. ¿Ha dado usted ya mi contestacion á su amigo?

ENR. ¿Á mi amigo?...

ISABEL. Al capitan de húsares...

ENR. ¡Ah! si, no le he visto todavia, pero si usted me per-

mite... (Ademan de salir.)

ISABEL. Usted es muy dueño... (Sentándose.)

ENR. (Despues de permanecer un momento como sin resolverse á marchar.) ¿Manda usted algo?

ISABEL. Nada, gracias.

ENR. Pues me marcho. (Dá un paso y se detiene.)

ISABEL. (No se mueve.)

ENR. Estoy á los pies de usted. (Volviendo.)

ISABEL. Beso á usted la mano. (Enrique toma el sombrero, se dirige hácia la puerta del foro y vuelve como asaltado por una idea.)

ENR. ¿Conque está usted resuelta?

ISABEL. ¿Á qué?

ENR. Á ser esposa de Arturo...

ISABEL. Si señor.

ENR. Bueno. (Con despecho. Vá á salir.)

ISABEL. Es decir, enteramente resuelta, no. (Como para detenerle.)

ENR. ¿Pero le obliga usted á marchar á Roma?

ISABEL. Si, porque en cualquier caso, no se expone á perder mas que el viaje. (Pausa.)

ENR. Hasta luego. (Se dirige resueltamente al foro.)

ISABEL. Enrique...

ENR. ¿Qué? (Volviendo.)

ISABEL. Nada, que dé usted expresiones á su amigo.

ENR. Gracias. (Vá á marchar.)

ISABEL. ¡Ah! Dígale usted que no me guarde rencor.

ENR. Será usted servida.

ISABEL. Oiga usted, oiga usted, Enrique... ¿lleva usted paraguas? (Viendo que vá á salir.)

ENR. Hace un tiempo hermosísimo. (Volviendo.)

ISABEL. Sin embargo, esta mañana habia algunas nubes y es posible que llueva.

ENR. (Volviendo.) Tiene usted razon... yo tambien he creido ver una nubecilla... (Deja el sombrero.) Lo mejor será que no salga...

ISABEL. ¡Oh!... ¡no digo!...

ENR. Si, de todos modos estoy cansado y... un chaparron puede producirme unos dolores que me acuerde mientras viva.

ISABEL. Como usted guste.

ENR. (Sentándose en el sillon de la izquierda y despues de una pausa.) ¿Sabe usted que si yo fuera Eduardo Montero, seria capaz de pegarme un tiro?...

SABEL. Haria usted mal.

ENR. No sé si estaria bien ó mal hecho, pero el caso es que lo haria... Porque usted, caramba... lo cierto es que usted es muy bonita...

ISABEL. (Con intencion.) Si; pero como tengo tan mal carácter...

ENR. ¡Cá!... no lo crea usted. Eso es que no ha habido nadie que sepa llevárselo...

ISABEL. ¿Lo cree usted asi?

ENR. Estoy seguro... ¡y caramba si es usted guapa! Tiene usted un pelo, y una frente y unos ojos...

ISABEL. ¡Caballero!...

ENR. Y una boquita, pues y esa garganta y...

ISABEL. (De pronto.) Basta, basta... amigo mio...

ENR. Crea usted que siento ser tan enemigo del matrimonio, porque ¡vamos, yo... y ¡qué diablo!... Todos los dias estamos viendo hombres que cambian de opiniones, ¿por qué yo no he de cambiar las mias? (De pronto.) Señorita, yo, (Reponiéndose.) señorita, no me haga usted soy un estúpido...

ISABEL. (Lucha como un desesperado )

ENR. Nada, nada, hágase usted cuenta de que no he dicho una palabra... Yo estoy resuelto á dejarme fusilar antes que casarme... ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!

ISABEL. (No tiene sangre en las venas.) (Ambos se quedan callados, sentado cada uno en su sillon, Isabel dando muestras de impaciencia y Enrique profundamente preocupado.)

## ESCENA V.

DICHOS, D. LEON, ARTURO.

LEON. ¡Hola! ¿Estamos de disputa? (Enrique se levanta.)

ISABEL. Ya vé usted que no decimos una palabra.

LEON. Como la calma sigue siempre á la tempestad...

ART. (Toma una silla y vá á sentarse al lado de Isabel, D. Leon y Enrique cogidos del brazo pasean por la escena, parándose cuando lo juzguen conveniente.) ¡Isabel!

ISABEL. ¡Arturo! (Con mucha amabilidad.)

ART. Al fin te resuelves á ser la envidia de las madrileñas?

ISABEL. En cuanto se obtenga la dispensa seré tu esposa.

ART. ¡Qué triunfo el tuyo! ¡y el mio!... En fin, ¡qué triunfo el de los dos!... (Siguen hablando en voz baja, Enrique los

observa con marcada impaciencia y escucha distraido á D. Leon que le habla sin cesar y á quien apenas contesta.)

LEON. Conque ¿qué me dice usted de Valencia?...

ENR. ¿De Valencia?...

LEON. Si, hombre...

ENR. ¡Ah! Pues está en el mismo sitio en que la dejaron sus fundadores.

LEON. Vaya, me alegro. Y... ¿las muchachas?...

ENR. Siguen siendo muchachas.

LEON. Pero bonitas, ¿eh?

ENR. Si, todas las que no son feas.

LEON. Y la campiña, ¿tan hermosa como siempre?...

ENR. Como siempre.

LEON. ¡Qué gana tengo de verla!... ¡Vamos, es una delicia!... Aquella inmensa sábana siempre verde...

ENR. ¿Le gusta á usted el verde?...

LEON. Muchísimo. (Siguen hablando en voz baja.)

ART. Pues si, prima mia, este verano á Suiza...

ISABEL. Y allí, contemplando aquellos lagos llenos de poesia, aquellos pintorescos paisajes, hablaremos de nuestros proyectos de felicidad futura, de nuestro amor, de nuestras esperanzas...

ART. (Nunca la creí tan enamorada.)

ISABEL. (Siempre con intencion para que oiga Enrique.) Y allí seremos la envidia de cuantos nos vean.

ART. Viajaremos por aquellas montañas, con el báculo en la mano y el morral á la espalda...

ISABEL. Yo iré sencillamente vestida de aldeana...

ART. Yo cubriré mi cabeza con un gigantesco sombrero de paja.

ISABEL. Y á medio dia, elegiremos un sitio agradable para comer los dos solos, solos con nuestro amor...

ART. Y por la mañana tomaremos leche de vacas, mucha leche de vacas... y nos pondremos gordos... muy gordos... (Pues señor me adora.)

ISABEL. El invierno á Paris.

ART. Donde eclipsarás con tu gracia á las bellezas mas celebradas...

ISABEL. Y cuando volvamos á Madrid...

ART. Iremos al Prado, y las gentes al vernos se preguntarán, ¿quién son aquellos dos jóvenes tan elegantes? El diputado, porque tu papá quiere que yo me dedique á la

política, el diputado por cualquier parte don Arturo Manresa, jóven de gran talento, yo entonces tendré talento por lo visto, el que pronunció el otro dia aquel célebre discurso... si pronuncio alguno.—¿Y ella?—Es su esposa Isabel, la madre de aquel hermoso niño...

ISABEL. ¡Arturo, Arturo!...

ART. Bien, bien, estoy enterado. (Hablan en voz baja.)

LEON. Pero, hombre, usted no me escucha.

ENR. Al contrario... (¡Con qué interés le habla!) (Por Isabel.)

LEON. ¿No le parece á usted que mi proyecto es excelente?...

ENR. Si señor. (Distraido.)

LEON. ¿Y que debo presentarme al ministro?...

ENR. Si señor.

LEON. Y aunque no tiene gran talento...

ENR. Si señor...

LEON. ¿Pero hombre, no dice usted mas que si señor?...

ENR. ¿Pues qué quiere usted que le diga?...

LEON. Hombre, las objeciones que puedan ocurrírsele...

ENR. No, si á mí no se me ocurre ninguna. (Siempre distraido.)

LEON. Vaya, pues usted me hará el favor de dar algunos pasos, ya que la boda de mi hija no me deja tiempo para nada...

ENR. Pues para eso, ruego á usted que me diga de qué se trata, porque si he de confesar la verdad, no he entendido nada de lo que usted ha dicho.

LEON. ¡Pues estamos lucidos! (Vuelven á hablar en voz baja y Enrique solo atiende á Isabel y Arturo.)

ART. ¡Qué felices vamos á ser!

ISABEL. Tú me dirás continuamente que me amas, yo me ocuparé solo de tí.

ART. (¡Qué me ahorquen si sospechaba!...)

ISABEL. Y te diré, Arturo mio, ¿quieres que salgamos á paseo? ¿Estás triste?... ¿Te has incomodado conmigo?

ART. (¡Qué mona está!)

ISABEL. Y tú cogiéndome una mano...

ENR. (Que sin hacer caso de D. Leon, ha estado escuchando el anterior diálogo, exclama sin poder contenerse.) ¡Señores!... (Isabel y Arturo se vuelven sorprendidos.)

LEON. ¿Qué es eso, amigo mio? ¿Qué le pasa á usted?

ENR. Nada... nada.... Que me voy á dar un paseo. (Procurando reponerse y tomando el sombrero.)

ISABEL. ¿Vá usted á ver á su amigo Eduardo Montero? (Con

marcada ironia.)

ENR. Si señora. (Con cólera.)

ISABEL. Pues no deje usted de darle expresiones.

ENR. Muchas gracias. (Sale por el foro.)

## ESCENA VI.

Dichos, menos ENRIQUE.

LEON. Vaya ¿conque estais ya perfeetamente de acuerdo?... Mas vale asi, ya desconfiaba de que llegaseis á entenderos.

ART. Tio, somos muy felices... Isabel me adora con toda su alma... ¿no es verdad Isabel que hace poco me hablabas con un entusiasmo?...

ISABEL. Si, si, ya hablaremos de eso otro rato... (Con marcada frialdad.)

LEON. Pues Dios os haga unos santos... Hija, me has hecho pasar un dia con tus variaciones que... en fin, todo lo doy por bien empleado, con tal de que os caseis pronto y me hagais abuelo cuanto antes... Ya tengo unas ganas de ver al nietezuelo, que se llamará Leon, como yo, y que será un leon en toda la extension de la palabra... En la cara se parecerá á Arturo, en el carácter á su madre, y en cuanto á su educacion... ¡Oh! su educacion corre de mi cuenta... ya vereis cómo os lo mal crio... No ha dejar en la casa títere con cabeza.

ART. (Vaya un angelito.)

LEON. Luego lo haremos abogado...

ISABEL. No señor; ha de ser militar, oficial de artilleria.

LEON. Bueno, pues oficial de artilleria...

ART. ¿Cómo oficial de artilleria? ¿Pues no faltaba mas sino que vayan ustedes á disponer de mi hijo sin mi consentimiento? Será diplomático.

LEON. Bien me parece... Yo hubiera tenido gran disposicion para la diplomacia y...

ISABEL. Pues he dicho que será oficial de artilleria y si no te acomoda...

LEON. Vaya, vaya, no hay que acalorarse...

ART. (Mirando al reloj.) ¡Ay Dios mio!... Se me ha pasado la hora y ya habrán ido por mi equipaje... El tren de Alicante sale al anochecer.

## ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. (Qué habrá oido las últimas palabras, entra por el foro diciendo á Arturo.) ¿Marcha usted por fin á Alicante?

ART. Dentro de una hora.

ENR. Pues vamos juntos hasta Almansa.

ISABEL. ¿Cómo?

ENR. He resuelto marchar á Valencia esta misma noche.

ART. ¡Cuánto me alegro!...

LEON. ¿Pero esa determinacion, amigo mio?

ENR. Es irrevocable.

ISABEL. Acaso algun negocio de importancia... (Con ironia.)

ENR. Justamente, un negocio de importancia...

ART. Pues yo voy á mandar mi equipaje y al momento vuelvo...

ENR. Yo voy á cerrar mi maleta, y espero á usted dentro de un cuarto de hora.

ART. Adios, amigo mio.

ENR. Hasta luego. (Arturo sale por el foro, Enrique segunda puerta izquierda.)

## ESCENA VIII.

ISABEL, D. LEON.

LEON. ¡Pero esto parece una casa de locos! El uno entra, otro sale, ¿qué dices, Isabel?

ISABEL. (¡Se marcha!)

LEON. ¿No estás admirada?

ISABEL. No señor, no estoy admirada. (Con sequedad.)

LEON. ¡Hola! ¿te incomodas?... ¡Pues mira, eso solo nos faltaba!... ¿Y por qué ese precipitado viaje de Enrique?

ISABEL. Es muy sencillo; se marcha...

LEON. ¿Por qué?

ISABEL. Porque se marcha.

LEON. ¡Ya!

ISABEL. Porque le dá la gana...

LEON. La razon no deja de ser poderosa.

ISABEL. ¿Y en fin á nosotros qué nos importa que se marche?

LEON. Mujer, yo no digo que nos importe... no es una gran desgracia...

ISABEL. Pues entonces...

LEON. Pero es que hace un cuarto de hora no pensaba en semejante cosa.

ISABEL. Pues lo habrá pensado hace diez minutos... Y yo... lo que es yo me alegro de que nos deje en paz... ¡Jesus! Es el hombre mas fastidioso... ¡Vaya bendito de Dios!

LEON. Pero sin descansar siquiera de su viaje...

ISABEL. No le hará falta.

LEON. Habiendo llegado esta mañana...

ISABEL. Se habrá propuesto no pasar en Madrid la noche.

LEON. Sin darme tiempo de que le enseñase mi museo, ni de que le acabase de contar la expedicion del Pretendiente...

ISABEL. Aborrecerá la historia y la arqueologia... ademas en cuanto á eso le doy mi enhorabuena, porque usted en hablando de su museo ó de sus batallas, se pone lo mas pesado...

LEON. Hija, alabo la franqueza.

## ESCENA IX.

DICHOS, ENRIQUE en traje de camino.

ENR. Señor don Leon, tengo que dar á usted mil gracias por su benévola acogida y ofrecerme asi como á esta señorita.

LEON. Pero dígame usted, amigo, ¿cuál es la causa de marcha tan repentina?...

ENR. ¿Qué quiere usted?...

ISABEL. ¡Papá! (De pronto.)

LEON. ¿Qué?

ISABEL. Yo se la explicaré á usted.

LEON. ¿Tú?

ISABEL. Si señor.

ENR. No, permítame usted, señorita...

ISABEL. Cállese usted.

ENR. Pero si yo puedo decirlo.

ISABEL. No, si yo lo diré...

ENR. Yo...

ISABEL. Yo.

LEON. Vamos, díganlo ustedes... Hablo tú, Isabel.

ISABEL. ¡Papa! (Queda cortada sin atreverse á continuar.) Que lo diga el señor.

LEON. Vamos, á usted le toca. (A Enrique.)

ENR. Señor don Leon... (De pronto.) No, no, que lo diga esta señorita.

LEON. ¿Ahora salimos con eso? Isabel, ya te escucho...

ISABEL. Yo solo sé... que no sé por qué quiere marcharse.

ENR. ¿Pues no iba usted á decirlo?...

ISABEL. Si... pero puedo equivocarme... y mejor es que lo diga usted.

ENR. No, no; usted.

LEON. ¿En qué quedamos?...

ISEBEL. Pues bien, papá, el señor se marcha por no verme.

LEON. ¿Qué dices, hija mia?...

ENR. La verdad.

LEON. Hombre, pues me parece que no es tan fea.

ENR. Si fuera fea no me marcharia...

LEON. ¿Le gustan á usted las feas?... Vaya un capricho...

ENR. No, no es que me gusten las feas... en fin yo no sé lo que me gusta... solo sé que yo ayer era completamente feliz, que nada turbaba la filosófica tranquilidad de mi vida, y que ahora... ahora no sé lo que me pasa, pero creo que me falta algo.

LEON. ¿Le falta á usted algo?

ENR. Ó me sobra.

LEON. No es lo mismo.

ENR. Y de este desasosiego que me aqueja tiene la culpa esta señorita.

ISABEL. ¿Yo?

ENR. Si. ¿Por qué es usted tan bonita? Don Leon, ¿por qué es tan bonita?

LEON. Hombre, aunque le parezca á usted raro, no puedo explicarme la causa.

ENR. Y siendo tan bella ¿por qué se deja usted ver asi de la gentes?...

ISABEL. ¿Queria usted que permaneciese oculta en un rincon?.

ENR. Si, señora, porque usted al mostrarse, atenta contra tranquilidad de los ciudadanos pacíficos...

LEON. ¡Ay, ¡ay, ay, ay!

ISABEL. ¿Y usted por qué ha hecho un viaje para verme?

ENR. Yo no he venido á verla á usted.

ISABEL. Pero el caso es que me ha visto.

ENR. Es verdad.

ISABEL. Y usted tambien ha conspirado contra mi sosiego. Yo ayer solo pensaba en divertirme y hoy... hoy me obliga usted á casarme con mi primo...

ENR. ¿Que yo la obligo á usted á casarse?

ISABEL. Si señor.

ENR. ¡Pues está bueno!

ISABEL. Sin contar con que me ha hecho usted ocuparme todo el dia de usted.

ENR. ¿Qué usted se ha ocupado de mí?

ISABEL. Si señor, me ocupo de usted, porque... porque le aborrezco.

LEON. ¡Isabel!

ENR. No, no, déjela usted, si yo tambien la aborrezco á ella

LEON. ¿Usted tambien?

ENR. Si señor, la aborrezco porque yo tenia un sistema invariable que estoy á punto de variar, porque yo era un filósofo y estoy pronto á dar al traste con mi filosofia, porque yo asistia á la vida de la sociedad como á un espectáculo y ahora voy entrando en deseos de tomar parte activa en ella; en una palabra, la aborrezco... porque la amo.

LEON. ¿Es posible?

ENR. Si señor, ya sé qué es una barbaridad, ya sé que el casamiento es un sinónimo del suicidio... pero yo he vivido muchos años en Inglaterra y quiero suicidarme.

ISABEL. ¿Qué dice usted?

ENR. Señor don Leon ¿me concede usted la mano de su hija.

LEON. Amigo mio, yo la tengo prometida... (Á Isabel.) Isabel...

ISABEL. ¡Papá! (Como indicándole que ceda.)

LEON. ¿Qué dices?

ENR. ¡Señorita! (Suplicante.)

ISABEL. Yo... (Yendo á ceder.) (No, que se arrodille.) (De pronto.)

LEON. Vamos explícate.

ISABEL. He dado mi palabra y... (no se arrodilla...) ademas el señor dice que el matrimonio es el suicidio...

ENR. Si, pero el suicidio es una costumbre de muy buen tono.

ISABEL. En Inglaterra. (Con viveza.)

ENR. Isabel, usted no ama á su primo. No me niegue usted la felicidad, se lo pido de rodillas. (Se arrodilla.)

SABEL. (Gracias á Dios.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ARTURO por el faro en traje de viaje.

ART. ¡Hola! ¿Está usted haciendo confesion general? (Viendo á Enrique arrodillado.)

ISABEL. Si, y llegas en el momento en que yo iba á echarle la absolucion. (Dándole la mano para que se levante.)

ENR. ¿Será posible?... (Levantándose)

ART. Conque, primita, parto para Roma...

ISABEL. Pues no dejes de ver el Vaticano.

ART. Tio ¿me dá usted los papeles?...

ISABEL. Papá, ya sabe usted que para mi matrimonio no se necesita dispensa.

LEON. ¡Cómo! ¿Te decides?...

ENR. Ya ha visto usted que acaba de absolverme. (Á D. Leon.)

ART. No comprendo.

ISABEL. He renunciado á ser la envidia de las madrileñas. (Á Arturo.) Te presento á tu primo.

ART. ¡Que informalidad! (Á D. Leon.) ¡Pero usted, un hombre de carácter!...

LEON. Por eso que tengo carácter te mando que te calles. (Interrumpiéndole.)

ART. (Habló el buey...) ¿Conque se casan?

LEON. Asi parece.

ART. Peor para ellos... (Imitando á Enrique.) Pues yo desde hoy me declaro soltero por conviccion y por sistema.

LEON. Haces perfectamente.

ART. (Á Isabel y Enrique.) Doy á entrambos mi enhorabuena y me ofrezco á servir de padrino; y si quieren ustedes que me pase por la litografia para mandar tirar las papeletas de convite...

ENR. Muchísimas gracias.

LEON. ¿Y su sistema de usted, amigo mio? (Á Enrique.)

ENR. Ha demostrado su falsedad al ponerse en contacto con la piedra de toque del amor.

ISABEL. Porque estaba fundado en el egoismo, y con él son imposibles la sociedad y la familia.

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*
*Madrid 6 de Diciembre de 1862.*

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

# CATALOGO

**uitectura de las Lenguas,** por D. Eduardo Benot.—Se re
iadernos semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Est
a, y consta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tom
ale **38** pesetas.
**sodia castellana y Versificación,** por D. Eduardo Beno
arte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntim
erminada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** cé
ujosamente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale
is **25** céntimos.
**cionario de Asonantes y Consonantes,** por D. Eduardo
e reparte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** cé
orma un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19**
**mica orgánica,** por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.º pr
e 924 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en pro
a encuadernación en pasta entera, **2** pesetas.
**cionario Latino-Español Etimológico,** por D. F. Salaza
ma, precedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos*
*les.*—Un tomo en 4.º, **10** pesetas **50** céntimos en rústica, y **12** en pas
**todos de Latín,** primero y segundo curso.—El primero forma un
e 264 páginas en 4.º prolongado, encuadernado en tela, con CLAVE DE T
eparado, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volum
on CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y con
**mentos de Historia Natural,** con un prólogo del Dr. Car
volumen en 4.º prolongado, con infinidad de grabados intercalad
cto, encuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.
**cionario de la Lengua Castellana,** por Picatoste.—Un ton
ncuadernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.
**cionario Francés-Español** y viceversa, por el mismo autor.—
maño y precio.
**Tauromaquia,** de Rafael Guerra (*Guerrita*).—Se publica por cu
uno y dos reales, de 32 y 64 páginas respectivamente, con numerosos
los intercalados en el texto, representando todas las suertes del toreo.
**la batalla,** original de D. Joaquín Dicenta.—Un tomo en 4.º, de 2
, **3** pesetas en rústica.
**le Mecum del estudiante de Derecho,** por C. Flavio, abo
stre Colegio de Madrid.—Un tomo en 4.º, de 400 páginas. Libro de ut
cesidad indiscutibles para los estudiantes de Derecho. Contiene todas l
turas de la carrera, y fácilmente se pueden preparar para los exámenes,
cada una de ellas, sino para el repaso al tomar el grado de licenciado.—U
4.º, de 384 páginas, **7** pesetas en rústica y **9** en pasta.
**testamento ológrafo,** por D. Gabriel Ricardo España, abogado
Colegio de Madrid.—Un tomo en 4.º, de 256 páginas próximamente. C
los los formularios, notas y casos de la vida, para que cada uno de por
nsultas, pueda hacer su testamento. Libro de utilidad general y al alc
los.
**Muceta Roja,** novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408
pesetas.
**nte Lecciones de Francés,** por D. Luis Besses, Catedrático de
signatura en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.º prolongado, **5**
**Pequeñeces.....**—*El Jesuíta*, un tomo en 4.º, **2** pesetas.
» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.º, **2** pesetas.
**nerosas publicaciones** por entregas con magníficas láminas al
partidas por cuadernos semanales.
**lioteca del Renacimiento Literario.**—Van publicados *ve*